











# LA CENICIENTA

**H**ace muchos, muchos años, una mañana de primavera, vino al mundo una niña especialmente hermosa. Su madrina, el Hada Buena del bosque, le puso por nombre Cenicienta. Todo era felicidad en casa de la pequeña pero, desgraciadamente, pocos meses después del nacimiento de Cenicienta, su madre enfermó y murió. Por eso, la niña se crió con su padre, un rico comerciante que hacía largos viajes a lugares lejanos para comprar y vender sus mercancías.

Cuando Cenicienta cumplió quince años, el padre pensó que la chiquilla merecía tener una segunda madre. Había conocido a una viuda a la que creyó buena y virtuosa y decidió casarse con ella. El padre tenía buenas intenciones: deseaba lo mejor para su hija, sobre todo que no se sintiera sola y que encontrara una compañía adecuada que la hiciera feliz.

Pero los deseos del padre no se cumplieron. La madrastra no quería a Cenicienta. Además, ya tenía dos hijas de su anterior matrimonio; eran tontas, feas y envidiosas y sólo disfrutaban maltratando a la chiquilla.

Cuando el padre estaba presente, la madrastra y las hijas fingían ser amables con Cenicienta. Sin embargo, cuando éste se iba en sus frecuentes viajes, la obligaban a trabajar sin descanso en las labores de la casa. Vestida con harapos, barría los suelos, limpiaba los cristales, cocinaba y recogía los platos, cosía las lujosas vestimentas de la madrastra y sus dos hijas...

## LA CENICIENTA II

Cenicienta trabajaba sin protestar. Por las noches, lloraba amargamente en el desván, a donde habían trasladado su cama. Echaba de menos a su padre, siempre ausente, y a su madre, de la que no conservaba ningún recuerdo. Sabía que, si ella hubiera vivido, su situación ahora sería muy diferente. Eso pensaba la pobre Cenicienta mientras, de rodillas, fregaba los suelos de su casa una y otra vez.

Un día, un paje del rey leyó un bando en los jardines principales de la ciudad:

–El rey tiene el placer de invitar a todos los habitantes del reino a la gran fiesta que se celebrará en honor del Príncipe heredero. Se informa a todos los que acudan que deberán presentarse adecuadamente ataviados con las mejores ropas que tuvieran.

Cenicienta, la madrastra y las hijas también se dispusieron a prepararse para la fiesta. Además de sus muchas labores habituales, Cenicienta tuvo que coser los trajes de la madrastra y sus hijas. Por fin llegó el día señalado. Desde muy temprano, a la chiquilla no le dejaron ni un momento de respiro: tuvo que plancharles los vestidos, ayudarlas a vestirse, peinarlas, calzarlas... Cuando las tres estuvieron listas, mandaron traer el carruaje que les conduciría a palacio. La madrastra le dijo a la pobre Cenicienta, que no había tenido tiempo ni de terminar de coser su vestido:

–Tú no puedes venir pues no tienes una ropa apropiada. Ya está aquí la carroza y comprenderás que no podemos esperar por ti. Te quedarás en casa. ¡Aún hay mucho por limpiar!

Y, riéndose, se montó en el carruaje con sus dos hijas y se dirigió a palacio.

## LA CENICIENTA III

En el desván, Cenicienta lloraba por su mala suerte:

–¡Qué desgraciada soy! –se lamentaba–. ¡Y eso que mi madrina fue el Hada Buena del bosque! ¿Se habrá olvidado de mí?

Apenas había pronunciado el nombre del Hada, ésta apareció ante Cenicienta, que casi no podía creer lo que veía. El Hada era una mujer bellísima que llevaba una varita mágica en la mano. En el extremo de la varita, relucía una estrella que tenía el don de convertir los sueños imposibles en realidad.

–¡Cuánto tiempo he esperado a que me llamas para poder ayudarte, Cenicienta! Hoy será un gran día para ti. Trae del jardín la calabaza más hermosa que encuentres.

Así lo hizo Cenicienta. Cuando la depositó en el suelo, el Hada tocó la calabaza con su varita y ésta se transformó en la más fastuosa carroza. Después, el Hada señaló con la varita un nido de ratoncillos que había debajo de un cesto. Al instante, los ratones se convirtieron en ocho briosos caballos. Por último, apuntó a una familia de lagartijas y se transformaron en pajes.

Pero, ¿cómo podría presentarse Cenicienta en palacio con esa carroza si no tenía un vestido adecuado?

–¡Pues ahora verás! –dijo el Hada sonriendo.

Y, al tocarla levemente con su varita, los harapos de la joven se convirtieron en el vestido más lujoso de cuantos se pueda imaginar. Antes de dejarla partir en la carroza, el Hada le advirtió:

–Cenicienta, escucha bien lo que te voy a decir: deberás regresar a casa antes de medianoche pues cuando el reloj dé las doce las campanadas, mi magia desaparecerá.

## LA CENICIENTA IV

La maravillosa carroza partió velozmente hacia palacio. La muchacha se presentó en el gran salón de baile causando la admiración de los invitados. La madrastra y sus hijas se morían de envidia ante la belleza de la joven cuya cara creían conocer pero no sabían de qué.

Todos se apartaron para dejarle paso a Cenicienta y el Príncipe no dudó ni un segundo en invitarla a bailar. Y bailando, bailando, pasaron las horas juntos, pues el heredero ya no quiso bailar con ninguna otra joven de la fiesta.

Cenicienta estaba tan feliz que casi se olvidó de la advertencia del Hada Buena. Afortunadamente, oyó un reloj que comenzaba a dar las doce campanadas y, corriendo, sin despedirse del Príncipe, salió del palacio camino de su casa. No quería que el Príncipe se desencantara cuando la magia se desvaneciera, Sin embargo, se sentía dichosa porque el Hada le había dejado disfrutar de la noche más maravillosa de toda su vida.

El Príncipe la persiguió pero Cenicienta parecía haberse evaporado en la noche. No encontró rastro de la muchacha, sólo halló en la escalinata del palacio un zapatito de cristal que estaba seguro de que pertenecía a la misteriosa compañera de baile. Ese zapatito, al menos, le demostraba que no todo había sido un sueño. En algún lugar de su reino vivía su dueña y él la encontraría, costara lo que costara.

Al día siguiente, el Heredero ordenó a sus pajes que recorrieran la ciudad a la búsqueda de la hermosa joven que calzara el zapato de cristal. Los pajes llamaron a una casa pero no tuvieron suerte: el zapatito era demasiado estrecho y demasiado pequeño. Lo intentaron en otra casa, y en otra, y en otra... con igual fortuna.

## LA CENICIENTA V

Le tocó entonces el turno a la casa de Cenicienta. La madrastra y sus dos hijas se apresuraron a probarse el zapato de cristal. Tenían unos pies rechonchos y deformes, de forma que, por más que se esforzaron, apenas podían meter la punta de sus dedos dentro del zapatito. ¡Apretaban y apretaban pero no había manera!

Cenicienta, desde una esquina, contemplaba en silencio la cómica escena. Como el paje tenía órdenes de probar el zapatillo con todas las jóvenes, se lo ofreció amablemente:

–Ahora debes probarlo tú –dijo el paje señalando a la muchacha.

–¡De ninguna manera! –respondió rápidamente la madrastra–. ¡Ésta es sólo la fregona! ¡Ella no cuenta!

–¡La orden va dirigida a todas las muchachas del reino, sin excepción! –exclamó el paje con seriedad para imponerse a la mandona madrastra.

Y así fue como Cenicienta se probó el zapato y su pie se deslizó dentro de él con toda suavidad. ¡Qué sorpresa se llevaron todos! El paje estaba maravillado por haber encontrado, por fin, a la verdadera dueña. La madrastra y sus hijas no acertaban a explicarse cómo se las había arreglado Cenicienta para acudir a la fiesta del Príncipe pues cayeron en la cuenta de que la hermosa joven que habían visto bailar la noche anterior era la fregona que habían abandonado miserablemente en casa. Esta vez no pudieron hacer nada contra la Cenicienta, que se alejó de la casa montada en la carroza real con destino a palacio.

Allí le esperaba su amado. Pocos días después, Cenicienta se casaba con el Príncipe mientras todas las campanas de la ciudad tocaban alegres y jubilosas celebrando el feliz acontecimiento.